

XL Concurso de Cuentos "Villa de Mazarrón"

- Antonio Segado del Olmo -

2024

LENA

CELINO GRACIA SÁEZ

ACCÉSIT COMPARTIDO

El 12 de Julio de 2024,
el jurado del Concurso de Cuentos
Villa de Mazarrón - Antonio Segado del Olmo,
compuesto por Lorenzo Silva, Antonio Parra
Sanz, Mari Ángeles Rodríguez Alonso, Fernando
Fernández Villa, Encarna Esteban Bernabé y José María
López Ballesta, otorgaron el Accésit Compartido de la
cuadragésima edición al cuento titulado Lena, de Celino
Gracia Sáez.

Celino Gracia Sáez, es compositor, poeta e
interprete, con un libro y tres discos publicados.

Dedicado profesionalmente a la composición e
interpretación de canciones, ha participado en
festivales como "las noches mágicas de La Granja"
en el año 2019 o en entregas de premios como Artes
y Letras, en los años 2017 y 2019.

En el año 2021 fue nombrado Artista con Mayor
Proyección en los XXII Premios de la Música
Aragonesa.

En 2022 publica "Diario del regreso (Primera parte),
memorias prematuras de un escritor en ciernes".

Ha sido ganador del Premio al Mejor Relato en
Categoría Nacional del Certamen Benito Pérez
Galdós.

LENA

Lena era todo mar, niña de viento y mar, ojos de caracola profunda, voz de ola venidera, manos de arena fina, pelo castaño y siempre húmedo, lluvioso, como si le rodeara a cada instante esa neblina que amanece tantos días en las rocas ciegas de los acantilados. Iba siempre con botas de agua, aun en lo más seco del verano, camiseta indiferente y falda aireada, una falda blanca y azul, azul y breve, como de novia de marinero que se va pero no vuelve, blanca y azul, azul y breve. Ella le había oído a su abuelo aquella cantinela, y se la repetía a sí misma:

Blanca y azul, azul y breve
como de novia de marinero
que se va pero no vuelve
blanca y azul, azul y breve.

A Lena le gustaba cantar los colores porque no podía verlos. Se los imaginaba a su manera, tocándolos con los ojos de los demás, con lo que de ellos le habían contado, como hacen todas las niñas ciegas.

-El color amarillo está como enfadado siempre, ¿verdad?

Y se reía su abuelo, ese abuelo con el que ella pasaba tantas tardes, tantos días sin escuela, tantas jornadas de mar.

-Mañana, querida Lena, saldremos a acariciar corales y a rastrear los fondos marinos para ver si ya ha echado la ovada el pez monaguillo.

-¿El pez monaguillo, abuelo?

-Sí, el más hermoso de los peces. Por esta época del año pone unas huevas grandes como cabezas de ajos. Iremos a buscarlas, Lena, iremos a buscarlas...

E iban a buscarlas en una barca con el motor averiado que hacía mucho ruido, demasiado ruido, y se sentía el mar duro, navegable pero duro bajo la panza de la chalupa, y Lena preguntaba:

-Abuelo, ¿saben ladrar los peces?

-No, Lena, es un mastín que nos saluda desde la orilla.

Lena -que esto no se ha dicho- vivía en los campos de la Mancha, rodeada de tanta tierra como la vista abarca, de viñedos sembrados y queridos, de eriales secos y adustos, pero ya desde muy niña sus ojitos ciegos quisieron imaginar un mar allí donde no lo había, donde nadie lo esperaba, donde no era posible. Fue su abuelo, hombre de secano y viñador viejo, quien decidió que si Lena quería un mar, había de tener uno. Le regaló aquella falda marinera, le enseñó a escuchar el ir y venir de las olas en el viento que movía las hojas de la vid y le animaba a acariciar los sarmientos como si estuviera dibujando con el dedo hermosísimas estructuras de coral.

Y no lo sabía Lena, pero era su barca en realidad un remolquillo estrecho de ir por las viñas, y las huevas del pez monaguillo -amorosa invención- eran las uvas, el fruto ansioso del mar, el moscatel sagrado de la vida del abuelo.

-¿Puedo tocar el agua?

-Espera un poco, Lena.

Y él la bajaba del remolque y la dejaba directamente en el lagar, aquel en que tantas veces había presenciado el estrujado de la uva siendo rapaz, e incluso ya de mozo. Y allí Lena era feliz, como niña por la orilla que pisa un mar de piedras blandas y olorosa humedad...

El abuelo tenía las manos anchas y rudas, como pensaba Lena que habían de ser las manos de todos los marineros, el habla pacífica pero firme, esa voz propia de los hombres que no necesitan que nadie les dé la razón para saber que la tienen, y unos ojos de león cansado, y un corazón de zorro valiente, todo eso era el abuelo, todo eso lo sentía, lo tocaba y lo sabía Lena, que tantas veces le pedía que le contara historias sobre las islas del pacífico, esas islas planetariamente lejanas que él, supuestamente, había cono cido en sus años de piratería infame:

-Háblame de Molokai, abuelo.

-Molokai, mi niña, es una tierra lejos de todas las tierras, una isla olvidada de las demás islas. El viento allí viene seco durante todo el día y la estridulación de los insectos suena atronadora durante toda la

noche. No era sitio en que vivir, no lo era. Y sin embargo todos los piratas debíamos acudir allí al menos una vez en la vida, porque en esa isla sagrada estaba oculta la mayor fortuna a la que un marino podía aspirar.

-¿Qué fortuna era esa?

-Volver a casa, Lena. Querer y poder volver a casa.

Y al abuelo se le juntaba con el nostálgico decir un leve asentimiento de cabeza, como de afirmación consigo mismo, al recordar aquellos años de emigrante a jornal en Francia, claro, no de marinero ni de rufián en ninguna isla de Molokai, rompiendo la costra seca de la tierra a mano limpia, despampanando las vides para atajarles el vicio y haciendo la vendimia de septiembre junto a toda esa peonada de hombres y mujeres llenos de polvo, amistad y cansancio. Era entonces obligada la ida y vuelta a la Francia transpirenaica, a su sur de vino y melodía, cuando en la Mancha aún era todo erial, cántaro roto y tierra pelada.

-¿Y por qué te ibas tan lejos, abuelo?

-Porque entonces, Lena, aquí aún no había mar.

Y a ella le parecía bien esta respuesta: simplemente, se repetía, es que aquí no había mar. Como si el océano naciese en una u otra tierra según el año y las lluvias, según la gracia del cielo o la prisa de Dios; como si las corrientes y pleamares marinas no las fijase la musculatura geológica del planeta sino el feliz deambular de los delfines, el rumbo atinado de los barcos o los sueños desbrujulados de los pescadores.

Lo que no contaba nunca el abuelo es que de aquellos viajes de juventud, de aquellas migraciones a la Francia próspera, él volvía siempre a su España dura con sacos de esquejes que año tras año trataba de transplantar. Suyo fue el primer viñedo de la comarca, que pronto se convirtió en el más pujante de la región. Amaba el abuelo la vid, la labor manual de la poda en verde, la vigilancia de los primeros des puntos. Todo lo cuidaba, todo lo tocaba con sus manos de dureza entrañable. Era suya la tierra y él era de ella, andante manchego como el manchego universal, pero pegado siempre al suelo, al terruño, sin atender gigantes ni molinos, como quien va constantemente agachado para escuchar, no lamentos de dulcineas

en peligro, sino hasta el último suspiro, hasta el más inadvertido pulso del corazón de su hacienda.

Cuando Lena nació -ya con los ojos sin vida-, el abuelo era un hombre enterrado hasta las rodillas. Tanto trabajo, tanto mimo, tanto afán puesto en el amor a sus viñedos -muy largos ya en hectáreas y en años- parecía que iba consumiendo de algún modo ese derroche de fuerzas que él siempre había mostrado. Era como si los campos le reclamaran un último sacrificio, un último nudo de compromiso, y se lo iban tragando, ya digo, día a día, cosecha a cosecha, como si el vino que quisieran dar al otoño siguiente no fuese a tener solamente la uva fermentada sino la propia sangre del abuelo hecha mosto, su tuétano vital diluido, incorporado al gran trabajo de sus años, que nunca fue otro que el de convertir el sudor del sol, de la tierra y el suyo propio en dulce caldo, en jugo apretado, en derramado licor.

Y entonces, Lena.

Ella lo cambió todo, ella le sacó al abuelo las piernas -ya casi raíces- del suelo, le desordenó la vida y las simientes, le robaba los racimos, le arruinaba la finca... Le reconquistó la sonrisa.

-Abuelo, ¿me explicas cómo es el color melancolía?

-¿Dónde has oído eso?

-No sé.

Lena mezclaba, con su natural sinestesia infantil, las fiebres y los colores, las emociones y los tactos, las verdades y las elucubraciones.

-¿Para qué sirve el mar, abuelo?

-Para que los barcos no se hundan.

Cerraba ella los ojos, o los apretaba más, y se imaginaba esos barcos que nunca había visto. Fue entonces cuando el abuelo le compró aquella falda marinera, blanca y azul, azul y breve, y las botas de agua. Y ella se las ponía cada tarde para ir a verle.

-Qué guapa vienes, Lena.

-¿Hoy iremos a ver si hay peces monaguillo?

-Claro.

Y se daba cuenta el abuelo de que inventar un mar para una niña era uno de los privilegios más altos que una vida cumplida, como la suya, le podía ya ofrecer. El más alto, quizás.

Quisieron un día sus padres mostrarle a Lena el mar verdadero, el océano vasto y generoso, su oleaje eterno, su sonido de cristal. Querían darle la sorpresa de su redescubrimiento, ofrecerle el azul real frente a su azul imaginario, el único que ella había vivido.

Lena llegó descalza, tentó la arena, luego el viento, después las olas... y no supo qué decir. Se sintió triste, le faltaba a aquel mar el ruidito del aire sobre las hileras de emparrados, las figuras mágicas de los sarmientos coralinos, y le faltaba, sobre todo, el olor dulce del mosto cuando sus pies lo amasaban y lo convertían en marejada viva.

No encontraba Lena en aquel mar de los demás el suyo propio. Finalmente se sentó en la orilla, sobre sus botas de agua, y sólo dijo:

-No es esto, no es esto.

El abuelo había *sembrado* con tanto amor su mar de seco, lo había hecho parecer tan cierto, tan sensitivo, que ahora la realidad, para Lena, se quedaba en poco.

El viaje de vuelta a casa fue, además de nocturno, silencioso: los padres, preocupados, el abuelo inmóvil, Lena con sueño ya.

Pero ocurrió que en lo que entraban los campos de la Mancha, las tierras resonadoras y secas, campesinas, fragantes; conforme se iban entreviendo ya los viñedos viejos, y aquellas haciendas olorosas como las del abuelo, la expresión de Lena fue cambiando y, como acunada por la verdadera marea de su vida, por el recordado vaivén de su infancia ciega y marinera, sonriendo, se quedó dormida.

El abuelo, comprendiendo, la miraba. Ya casi era de día.

